POR LOS CAMINOS DE NÉLIDA
Conversaciones con una brasileña universal

Gabriela Ovando

La conocí en una de sus conferencias magistrales, en 1995, cuando ella ocupaba la Cátedra Henry King Stamford de Humanidades en la *Universidad de Miami*. Desde aquella intervención deslumbrante, en la que tejió invención y memoria, enigmas y resquicios de la condición humana, y su voz se convirtió en un coro de toda la tierra en todas las épocas, supe que en adelante no podría prescindir de la lectura de sus obras, y, en lo posible, de su compañía. Fue así como inicié con ella una amistad literaria y entrañable que, con el paso de los años y pese a nuestros breves y espaciados encuentros, ha logrado sobrevivir. Y es que, más allá de los esfuerzos que realicemos sus lectoras y amigas por visitarla y asistir a sus conferencias, Nélida Piñon "no olvida nunca las gentilezas de sus amigos" (dijo así al abrazarnos, en el más reciente encuentro, en la Feria del Libro de Miami, en noviembre de 2008), con el entusiasmo y la transparencia que la caracterizan. Porque ella es así, mujer afectuosa y amiga detallista, y a la vez una de las escritoras brasileñas más destacadas de fines del siglo XX y principios del XXI. No en vano, la admiración y el respeto de grandes figuras literarias hacia Nélida "es [hoy] legión"[1]. Mario Vargas Llosa dedica una de sus más logradas novelas, *La guerra del fin del mundo*, "a Euclides da Cunha, en el otro mundo; y en éste, a Nélida Piñon". Carlos Fuentes la llama "mujer de grandes caminos" cuando se le otorga el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, a fines del mismo año en que la conocí. Y cuando, a continuación, ella fue seleccionada por la Universidad de Guadalajara para ejercer la Cátedra Julio Cortázar, establecida por Fuentes y por Gabriel García Márquez, nuestro Nobel colombiano, quien tampoco es avaro en elogios a la obra y persona de su colega y amiga.

Primera presidenta de la Academia de Letras de Brasil, Nélida rompió con la tradición patriarcal de los intelectuales de esa institución "sin tener que ab-

1 David Draper Clark, Editor's Note, *World Literature Today*, Jan-April 2005, 7.

jurar de su fe, siendo una brasileña que mira a su país con una mirada nueva, fruto de una familia que es más reciente en Brasil que las palmeras del jardín botánico" [2] —imagen que la cautiva al recordar la llegada de sus abuelos gallegos a la tierra de Machado de Assis. Más adelante, en 2006, ingresa a la Academia Brasileña de Filosofía "con las palabras que aman lo remoto, que responden por la tradición humana, que articulan el pensamiento que arde […] [porque] mi prédica es simple, lo que soy está en los libros que escribí y en mi corazón."[3]

Autora de nueve novelas, cuatro colecciones de cuentos, cinco volúmenes de ensayos y memorables discursos con los que aceptó los Premios Gabriela Mistral (Chile, 1997), Rosalía de Castro (España, 2002), Menéndez Pelayo Internacional (España, 2003) y Príncipe de Asturias de las Letras (Teatro de Oviedo, 2005), entre otros galardones, Nélida es una viajera incansable que se desplaza, feliz, por el mundo y su inconmensurable diversidad. Ya sea enseñando en universidades como Harvard, Columbia, Miami, Georgetown, Río o la Complutense, o cruzando fronteras hacia el Oriente, la indomable Babilonia o los desiertos, siempre atenta a las voces y susurros de sus personajes. "Múltiples voces narrativas que suelen saltar en el tiempo, hacia atrás y hacia delante, técnica que permite a Piñon representar la vida humana en el arte, y es uno de los aspectos más provocativos de su obra[4]". Voces que viajan y visitan diferentes épocas para poder enunciar "mucho más que una sola cosa en un determinado momento […] porque una sola voz es insuficiente […] y es necesario ordenar y disciplinar esas voces para que se entiendan. Porque el arte siempre nace del caos, que es rico y fértil"[5]

De ahí que los continuos viajes de Nélida Piñon y sus voces narrativas constituyen, a mi juicio, su propio "recurso del método" para trascender no sólo distancias en tiempo y espacio, sino en esencia lo banal y trivial de cualquier historia escrita por cualquier escritor o escritora globales. Por ello admiro a Nélida y le creo cuando dice que ella es también geóloga y arqueóloga, porque como a toda buena narradora, no le es suficiente la observación de la superficie de la

2 Gabriela Ovando, "Los mundos de Nélida Piñon", *Atisbos* (Plural: 1998), 111.
3 Discurso de ingreso en la Academia Brasileña de Filosofía, 17 de agosto de 2006.
4 Paul M. Sneed, *An Interview with Nélida Piñon,* World Literature Today, Jan-April 2005, 18.
5 Respuesta de Nélida Piñon a Paul Sneed. Ídem.

tierra y de la piel de sus moradores. Entonces, qué mejor que acudir con ella al ágape de las viajeras, me dije, al recibir la convocatoria de Sara Beatriz Guardia. Qué mejor que volver a viajar y volver a entrevistarla, para que otros aventureros puedan también gozar de su compañía durante la travesía.

Con toda la razón dijo Pascal que nuestra naturaleza reside en el movimiento, porque en la actividad se encarna la anatomía de la vida y el pulso que nos mantiene. Aunque Bashó, no en vano otro mayor poeta, elevó también al movimiento hacia la categoría de una obra de arte, de un pasar por estancias en las que sería imposible que no fuesen tocadas nuestra almas, de senderos de sauces que nuestra imaginación anticipa temblando en el agua… Pasares que, para Nélida Piñon, son el "traslado" épico, porque ella siempre se ha sentido Simbad surcando los siete mares, llegando a tierras que siente suyas y regresa siempre a las que dejó, aunque jamás las haya visitado. Sabemos que los viajes han instigado, desde siempre, la invención de deidades y misterios y que han dado pábulo —desde que tenemos memoria— al testimonio estético y universal que atesora la literatura, a fin de cuentas y en sí misma, un viaje. Porque escritura y viaje son sinónimos, caminos paralelos afincados en el alma y poética de Nélida Piñon, vocación y tránsito por el mundo y entre otros mundos, grandes conversaciones y banquetes con el espíritu humano, aventurero y transgresor.

Por ello ya es hora de dar paso a ésta mujer de alma antigua y contemporánea, aldeana y cosmopolita, de ciudadanía brasileña y de todas las latitudes, narradora que ha alcanzado la cima de un oficio que exige, como ella proclama, "universalizar lo cotidiano".

¿Podría decirnos, a las viajeras, cómo se llega a universalizar lo cotidiano en la escritura?

Meditando sobre el pasado e incorporándose al universo, con una prosa que viaja a través de tiempos simultáneos bajo la tutela de la ilusión. Porque el arte no es nada más que un sencillo intento de esclarecer nuestra presencia en el mundo, Gabriela, y la literatura es un filtro del arte, y el escritor un procesador de todo lo que capta con su filtro mágico por el que se filtran realidades y se ficcionalizan, y así crean un cuerpo, una carne, con un lenguaje que justifica la existencia de las historias: el lenguaje literario. Porque las historias de por sí no valen nada, es el lenguaje el que marca la diferencia.

¿Es entonces el lenguaje el causante de que la verdad estética emocione más que el drama del vecino?

Sí lo es, y porque la propia historia se sirve de temas que, generados en el pasado, acuden incólumes a la escena moderna. Una recurrencia que sirve de base para la composición de personajes que la actual inquietud narrativa necesita. Porque no hay forma de librarnos de la sombra de los seres que, gracias a su persuasión legendaria, residen todavía en nosotros. Un ejemplo es Ulises (¡ser Ulises, que viaja, jamás Penélope, aunque comprendo su estrategia!), que, aunque separado hace milenios de un Joyce que lo restaura en Dublín, trae en su esencia original la caligrafía de Homero. O aquellos seres que, recreados por Victor Hugo en la novela *Les Miserábles*, recorren los callejones de París en la expectativa de ser, décadas más tarde, evocados por Steinbeck y John Dos Passos, con el pretexto de la Gran Depresión Americana. O la visión nocturna de Hamlet, que, vagando por los pasillos del castillo de Elsinor, exhibe el lacerante dolor que Freud recupera y diseca. Personajes que facilitan nuestra identificación con algo arcaico que sobrevive en lo subterráneo de la imaginación contemporánea. Y, el autor, quien mientras bucea en semejante torrente narrativo, cuestiona los fundamentos del arte y cede secretos e intrigas al lenguaje literario, el cual engendra sobresaltos, dramas y peripecias para que padezca el corazón ajeno. Así, el lenguaje literario se somete al peso de la inverosimiltud y decide abolir lo mimético, esa mera copia del reduccionismo cotidiano al que estamos uncidos. Y se infiltra en los planos narrativos con cargas simbólicas, como forma de poetizar lo real.

Vaya faena. Pero ¿cuáles son, entonces, sus prioridades a la hora de narrar, de re/crear?

La narrativa es la que va estableciendo las prioridades. Dice cómo asimilar el uso del tiempo, cancelar detalles que dificultan el desarrollo de la historia, fundir épocas, memorias, sentimientos, para inducir escenas y liberar a los personajes del peso de la gravedad, para que ellos lidien con la pasión, dejando en claro, sin embargo, que no son los primeros en formularla. De lo contrario, ¿cómo reconsiderar la mitología de la patria y de la geografía para que cierta autora —como yo— confiese en público que nacer en Brasil no es lo mismo que nacer en Europa? ¿Cómo dar contenido al entorno, hacer la exégesis de una nación con la frivolidad necesaria, teniendo a Proust como modelo, sin evidenciar, sin embargo, intenciones políticas? Y, ¿cómo garantizar visibilidad a rostros, casas, muebles,

sumidos hasta entonces en la neblina y universalizar lo que es genuinamente local? He aquí al escritor y a la escritora, aventurándose apasionadamente por entre lo cotidiano con el pretexto de la intriga que los fascina… Porque ellos, los escritores, necesitan del misterio de Salomé, la joven que para alimentar la lujuria de Herodes se desprende, lentamente, en medio de la danza diabólica, de cada uno de sus siete velos, sin que los escritores sepan previamente si la desnudez final es benéfica para la historia que cuentan.

Su obra no oculta el peso (al que se refería Neruda) que los escritores latinoamericanos llevan por su historia, sus países y sus problemas. Brasil está en el centro de su narrativa, sobre todo en *La República de los sueños*, su propia *Summa Teológica*, pero usted se traslada mucho más lejos y viaja, va y viene, con la ligereza de Isadora Duncan…

Yo siempre me proclamo una mujer antigua, contaminada por la antigüedad celta y de mil pueblos y herencias culturales que me ha conferido una disidencia saludable para mirar el mundo. Yo soy alguien que mira a la gente antigua de Europa, a su lenguaje, modales y sentimientos con absoluta naturalidad; no hay enfrentamiento entre mi modernidad y mi ancestralidad, como tampoco entre las influencias anglosajonas y las peculiaridades latinas de una brasileña que tiene pasión por las Américas. Procedo del Brasil y reverencio la majestad de la lengua portuguesa —lengua poco difundida en el mundo y razón por la cual en algún momento me sentí periférica— en este idioma saludo a Dios y al género humano. Mi letanía diaria es celebrar las leyendas de mi casa gallega, de mi país, de toda la tierra que aspiro a conocer. La condición humana me obliga a retornar siempre a los sitios de los que partí, aunque jamás los hubiese visitado. Mi repertorio está compuesto de memorias del mundo. En compañía de todos, sin exclusión, celebro las emociones que me ciegan y me permiten reconocer el precipicio humano, el polvo de la civilización. Como todos, soy múltiple en mi humanidad. Nunca me resigné a ser una sola criatura. Arrastro una genealogía que ya ni sé de qué criaturas, de cuántas etnias se constituye. Soy una brasileña —como el propio Brasil— reciente. Una cristiana nueva que no tuvo el fardo de abjurar a su fe para adoptar una nueva creencia. Mi relación con Brasil es un hecho absolutamente natural porque no tuve que renunciar a nada, al contrario. Yo he hecho un trabajo de acumulación, de recopilación. Yo miro a mi país con una mirada renovadora, fresca y a la vez antigua, como si pudiera agregarle una comprensión que el brasileño, tan cercano a su propia inauguración, no ha podido hacerlo. Es como si yo estuviera, a la vez, dentro y fuera del país. Por ello, no siento ese peso

que llevan algunos escritores latinoamericanos, pero sí siento la responsabilidad ética, que es distinto. Siento que la vida me ha dado el privilegio de convivir con una cultura que no está definida, que se encuentra mezclada con ciudades arqueológicas que desaparecieron, pero que en la realidad siguen presentes. Asumo mi modestia y me siento agradecida a los genios que me dieron buenas razones para seguir adelante. Acojo en mi corazón a los que me insuflaron el descreimiento indispensable para tener fe. A los aedas, a los amautas, a los chamanes, a Homero, a Cervantes, a Shakespeare, a Camöes, a Machado de Assis. A los seres de la ilusión y de la oralidad. A todos los deslumbrantes viajeros del espíritu humano, inagotables forjadores de argumentos. Nací escritora, nací lectora. Los rasgos y las idiosincrasias inherentes a ambos estados me acompañan siempre. Ya en la infancia sentía ansias por las palabras, escritas o habladas. Miraba a los escritores de forma agradecida. Por intermedio de ellos yo me adueñaba de los secretos de los vecinos, recorría los jardines del mundo, me adentraba por mis vísceras. La lectura pasaba a ser el tiempo de la cosecha, de la hartura, de las acumulaciones. Elegía ser Tarzán, el célebre personaje de Edgar Rice-Burroughs a quien, aunque manifestase animosidad contra el verbo, yo envidiaba. Ansiaba, como él, vencer distancias con el apoyo de las lianas, para mi un invento de los dioses…

Su exégesis de la memoria de la mujer —ya que usted proclama que la memoria es femenina— se remonta a las figuras de Sara (la viajera compañera de Abraham), de Mnemósine (diosa de la invención y la memoria), de Casandra (enmudecida por Apolo), de María, la virgen madre de Dios, de María Magdalena, de Maritornes (la ventera asturiana que recibe a Sancho y don Quijote) y de otras figuras literarias que parecen convertidas en columnas de la poética de Nélida Piñon

Desde que sirvo a la literatura, es con cuerpo y memoria de mujer que analizo a mi especie, siempre en el permanente esfuerzo de buscar, entre tantas memorias, evocaciones y escombros, la memoria femenina. De intentar saber de qué materia, de qué tejido, se ha ido fabricando esa memoria que ha estado presente en todos los sitios y en todos los tiempos, desde la fundación del mundo. Esa memoria que, habiendo participado intensamente en la creación del lenguaje humano, lo enriqueció con el misterio peculiar de su emoción de mujer… y lo alimentó de sobresaltos marcados por el perenne mutismo al que ella estuvo condenada. Y que, aunque la transformó en casi afásica, no daba tregua a la realidad de la que también formaba parte. Porque la mujer —y contrariamente a la tesis freudiana— no padece de una nostalgia fálica, sino de una tristeza que se originó

en el hecho de haber sido puesta al margen de los episodios bíblicos esenciales. Como cuando Sara, cómplice de Abraham y con quien podía ser perfectamente equiparada, es alejada del pacto establecido entre Dios y su marido, del cual deriva la Sagrada Alianza. Sin embargo, estas circunstancias no impidieron que estas mujeres acogiesen en sus almas el caudal de evocaciones provenientes de las madres, de las abuelas, de las precursoras legendarias, constructoras todas de un monoteísmo con el cual se fortalecían las tribus; cuando, en el refugio de las tiendas, a despecho de la ruda vida cotidiana, de los preceptos de obediencia conyugal, ellas alimentaban una versión difusa de la trama humana que subsistía en el es condrijo de sus recuerdos.

Qué tal si comenzamos con la memoria de Sara, que toma cuerpo en Eulalia, personaje central de *La República de los sueños*

Claro que si. Y me remonto a 1982, cuando comenzaba a escribir *La república de los sueños* y elegí el personaje de Eulalia para encarnar las nociones de memoria que entonces buscaba. La muerte de esa mujer que desembarca en América trayendo en la maleta mitos y retratos familiares —y ansía consagrarse a la tarea de recordar a Dios, con el cual había establecido, desde niña, una relación de apasionada constancia— trae a debate la memoria femenina, presente en todos los estatutos humanos. Una memoria que habiendo ocupado, a lo largo de milenios, la psique femenina, actualiza y trae hasta nuestros días, la figura de Sara, que desafió a Dios con su sonrisa irónica. Una memoria cuyo corazón, todavía hoy, desafía al arte y proyecta luz sobre el misterio de lo real. Y que, aliada a la verdad del mundo, narra por fin la historia humana que nos faltaba.

Abraham, que interpreta la memoria de Dios en la Biblia, tenía a Sara a su lado como su sombra e implacable observadora. Ella, por lo tanto, es la memoria de la otra cara de Dios, pese a que, en la práctica, no está autorizada a dirigirse al Señor y condenada, pues, al silencio histórico. Pero ella se convierte en un testigo voluntarioso y participativo en las continuas peregrinaciones emprendidas por su marido, de Ur, de Caldea, hasta Canaán… La memoria que Sara registra de esos hechos bíblicos, que tanto repercuten en la psique humana, constituye un impenetrable misterio. Sin duda, un enigma histórico cuya aceptación se inscribe únicamente en la esfera de la fe. Sin embargo, aunque Sara no ocupe en el libro del *Génesis* el espacio reservado al marido, es lícito especular que ella tuviese total conocimiento de la estrategia religiosa que Dios y Abraham, de común acuerdo,

y a partir de los episodios que se sucedieron en el desierto, inauguraron entre los hombres. Una estrategia cuya ideología teológica e histórica registró la Biblia con cuidada seducción, para que nos convirtiéramos, en el futuro, en exégetas de sus densas y perturbadoras páginas. Así, mucho antes de que Moisés huyera de Egipto, en busca de la tierra prometida, Sara, madre de los profetas del porvenir, bien podría haber susurrado en su oído las historias que guardaba en su memoria, todas ellas relativas a los secretos intercambiados entre Dios y Abraham. Aquella mujer relegada al abandono histórico, modelaba cuidadosamente su memoria con los veredictos de su visión particular de la realidad… Porque mientras Abraham perseguía apasionadamente la sombra de Dios, Sara perseguía el rastro de su marido, sin que él lo percibiera. ¿Quién, sino Sara, había acumulado en la memoria las capas psíquicas de dos influyentes civilizaciones? Ella podía disertar, con amplio discernimiento, sobre el complejo mundo egipcio, en cuya corte había aprendido a dominar jerarquías, teologías, recovecos psicológicos, y vivir igualmente el universo hebreo, del que era heredera directa. Para estar en condiciones de viajar por el mundo, Sara se apropia del juego escénico con el cual su marido habla con los hombres y con Jehová. Ella, puede decirse, funde su fragmentada memoria con las sobras que su marido va dejando caer al suelo. Mientras ella urde tramas, se apropia de secretos, engendra intrigas y controla a las mujeres de la tribu que rondan la casa de Abraham, Jehová desconfía de Sara, la analiza y ya no prescinde de su presencia al lado del profeta. Cuando ella ríe, ya es el colmo, y Jehová presiente haberse equivocado con ella:

> "Por qué ha reído Sara, diciendo: será verdad que yo tendría un hijo, vieja como soy? ¿Será eso, por ventura, demasiado difícil para el Señor?" —dice la voz de Dios.
> "Yo no reí" —dice ella, probando con su protesta que no sólo había oído las palabras del Señor, dirigidas a su marido, sino que también recriminaba la experiencia cósmica de Dios, que no tomaba a la mujer en consideración. La risa de Sara, ironizando la voluntad de Dios, testifica su aparición como personaje y constituye, en sí, la máscara que finalmente la integra a la historia. Confrontados Sara y Jehová se establece un poco habitual *impasse* en la Biblia, una rebelión que emerge de la memoria recalcitrante de Sara, postergada a lo largo de los años por la elocuente memoria de su marido. Y mientras ella aguarda el paso de los siglos, su risa resuena como una magnífica señal. Una risa que no la puede evitar ni Dios…

Formidable lectura la suya. Habría que explotar esa risa en la literatura, en el debate de los dogmas que persisten. Pero sigamos con la siguiente.

Mnemósine: ¿por cuáles caminos las mujeres se convierten en diosas?

Impedida, pues, la mujer de escribir, de adueñarse de la cultura canónica, a ella sólo le quedaba inventariar en silencio las diversas realidades que le llegaban a medias, y luchar con la imaginación, que asumía el papel del saber. Por ello, quizás sea menester que nos proyectemos a las eras inaugurales, a periodos nebulosos en que la aflicción y la incertidumbre humanas, conjugadas, elaboraron leyendas, mitos, dioses y diosas, como forma de soportar el tupido misterio en el cual estaban todos sumidos. Épocas en que lo maravilloso, el sortilegio, los prodigios, la fabulación, el pensamiento mágico, en todo desmedido, aparentaban ser naturales entre las criaturas. Es en este marco mitológico donde surge Mnemósine, ilustre diosa del Panteón griego. A ella es concedido el don de memorizar y la capacidad de repartir entre los mortales el legado mediante el cual se recordarían sus hechos para siempre. El poder de sembrar entre todos el talento de no olvidar nada. La condición de diosa y de mujer automáticamente vincula la memoria humana al universo femenino… Mnemósine encarna, pues, el instante en que el imaginario de los hombres se consolida y retiene los sucesos colectivos. Además de eso, la diosa hereda de su hermano, Cronos, el sentimiento del tiempo, su enigma, del que él era responsable. Cronos, como dios, enseña a su hermana los beneficios y los desastres derivados del imperceptible tránsito del tiempo por la vida de los mortales, y de acuerdo con tales prerrogativas, Mnemósine viaja por los intersticios de la temporalidad y de la historia. Acude a los fenómenos humanos, a los actos que inauguraron el mundo. Y como si no fuese suficiente dominar memoria y tiempo, la diosa generó nueve hijas, las Musas, cuya virtud era inspirar a quien siguiese los caminos del arte…

Es ella, además, abuela de Orfeo…

Claro que sí, y es en medio de esta constelación de coincidencias, de simetrías casi insostenibles, que Mnemósine hace de su nieto, Orfeo, enamorado de Eurídice, el poeta de los cantos órficos… Y le enseña el trato poético con las palabras que estaban desatendidas…

Qué lindas esas *palabras desatendidas*. ¿Cuáles serían?

Palabras. Palabras que, aunque banales por nacimiento, lucen, incorporan diáfanos ropajes, adorno poético, al ser correctamente aplicadas a los hechos y las luchas del arte.

Palabras plebeyas que, correctamente aplicadas, inauguran el lenguaje literario y aristócrata, al que usted reverencia

Sí, porque el pueblo y el arte son aristócratas, el pueblo tiene nostalgia por la elegancia, pues en la misma escatología hay una elegancia y un conocimiento fascinantes. En ese sentido, yo soy una aristócrata… Pero volvamos a ellos y a la certidumbre de que, junto con Orfeo, Mnemósine hace de la creación el oficio de trascender las líneas del horizonte, y fuerza el enlace de la memoria con la invención, para que se crea en la mentira y en las ilusiones del arte, con las cuales, y tan sólo con las cuales, es posible narrar el mundo.

Llegamos a su propia teoría literaria, a la poética en la que se fundamenta toda su obra: memoria e invención. Sin embargo, ¿por qué, a lo largo de tantos siglos, nos olvidamos de Mnemósine, y por ende, de la memoria de las mujeres?

Porque con la gradual superación de ciertos mitos y la metamorfosis de otros, la diosa de la memoria y la invención —que atesora a todas las buenas narradoras— se sumerge en el olvido. Y al perderse en las tinieblas de la historia, arrastra consigo la memoria femenina y la zambulle en la clandestinidad. Tal trastorno milenario induce a la mujer a refugiarse en la casa, a borrar temporalmente la memoria ancestral. Esa memoria que, en algún lugar de su ser, ironizó acerca de las civilizaciones que osaron prescindir de sus valiosos atributos; pero, que, relegada a la mera condición de personaje, de sujeto tutelado de la historia, se encuentra en la médula de los libros que habían sido escritos.

De manera que las mujeres nunca dejamos de escribir, aunque lo hicieran otras manos

Claro que no, porque nuestra presencia motivó que narradores y rapsodas dependiesen de nuestra diligencia narrativa, de la perseverancia descriptiva de la mujer, a fin de traducir el alma ajena, el misterio literario. Con la intención de

obtener ellos los ingredientes sin los cuales no podrían apoderarse de las idiosincrasias humanas, lo que justifica que la memoria femenina esté presente incluso en los libros que ellas no escribieron… en los compendios que los narradores masculinos nos habían usurpado, mientras vedaban a la mujer el registro poético de la propia existencia. Pues al hacerse estos autores intérpretes únicos de la memoria colectiva, habían necesitado nutrirse de la red de intrigas, de los diálogos amorosos, de las confesiones hechas en el lecho de muerte, que sólo la plañidera, la amante, la madre, les podían dictar.

Y que les hizo posible traducir lo inverosímil del trasfondo humano, la originalidad del ser en su historia como guerrero, marinero y paridera de hijos, del hombre y la mujer que simulan fortaleza para combatir su debilidad… ¿Recuerda esa frase?

Por supuesto, tienes una excelente memoria. Y es que esos narradores--artistas estuvieron conscientes de que las huellas de la vida se alojaban en las mujeres, parideras y creadoras de hijos, signos sin los cuales no es escribe una obra de arte, y se apropiaron, sin reservas morales, de la preciosa carga guardada en el corazón femenino. Un corazón que es cómplice de las alegrías universales, de los dolores, de las emociones, de lo que integra la galería de los sentimientos humanos. Así, esa memoria femenina, de tanto haber suministrado valiosas contribuciones al arte, ayudó a Homero, a Dante, a Shakespeare, a Cervantes, a Camöes, al brasileño Machado de Assis, a ampliar su comprensión del texto creador. Un hecho que por sí solo justificaría que la mujer reivindicase la coautoría de estas obras. Y proclamase, desde la tribuna —en nombre del legado que ella cedió a la humanidad— ser también la otra cara de Homero, Shakespeare, Dante, Cervantes, Camöes, Machado de Assis… Y esa memoria, sin embargo, de destino andariego, atravesó el Atlántico y se alojó en el Brasil colonial, de donde procedo. Afincó allí sus raíces, ganó una adjetivación singular, impuesta por la nueva realidad y por la conciencia del pecado que florecía en medio de la naturaleza opulenta, y participó de los instantes constitutivos de la nacionalidad emergente. Esa memoria mestiza, pluralista, simultáneamente panteísta y cristiana, derrochó el lenguaje de las emociones, que es siempre inaugural.

Memoria e invención de la mujer…

Sí, porque además poco le importaba al hombre que el cuerpo de la joven que memorizaba e inventaba en medio de la noche se convirtiese en un fuego,

cuando ella, libre de la tutela maculina, por lo menos por algunas horas, se entregaba al sortilegio de la memoria y la invención, proporcionándole aquellos recursos realistas y fantasmagóricos que desde hace milenios venían salvando a la mujer. Porque a la luz de la vela, con el pabilo tremolante, formando siluetas en la pared, la memoria femenina, habiendo cruzado tantas eras, ganaba una intensa representación corpórea. Un viaje pionero y seductor.

Tuvo que pasar una eternidad hasta que la memoria contemporánea rehabilite a la memoria e invención femenina, que es el centro de su narrativa, apoyada en esas palabras plebeyas que Nélida, como Mnemósine, nos enseña que no deben ser desatendidas. Y alumbran el lenguaje literario

Soy una narradora que se proclama hija del lenguaje que habla, piensa, escribe, calla, describe. Hija de la imaginación que articula un mundo suplementario para adicionarlo a la realidad vigente. A lo largo de los años me enfrenté al desafío de crear un lenguaje autónomo, esencial, irrenunciable, nacido de mi visión literaria, al que debía conferir una especulación armónica y compatible con la intimidad de mi corazón y de mi pensamiento de mujer. Un lenguaje que, sin descuidar la arqueología de la memoria, expresase mi semántica y mi representación teatral. Mi imaginación enlaza al Brasil y a Galicia —la tierra de mis ancestros—, pero va más lejos, como tú dices, porque tiene la vívida noción de arrastrar consigo siluetas culturales oriundas de geografías lejanas, de un tiempo superior a cinco mil años. Y que narra, por haber emprendido, desde la infancia, un interminable viaje al propio Centro, aunque sin el auxilio de un mapa. Una imaginación que enlaza invención y memoria, ambas oriundas de Mnemósine.

De quien usted desciende directamente…

Con muchísimo orgullo.

Hace muchos años me dijo que la imaginación era una mariposa que hay que cazar…

Seguramente te lo dije, porque la imaginación está al alcance del alma que se entrega a los devaneos… Así, yo puedo ser Don Quijote y Sancho simultáneamente, porque si llevo sólo a uno en mi equipaje de viajar, me quedo coja: no sabría escribir las novelas que quiero.

Un equipaje por demás andariego y entregado a los devaneos

Y a la ilusión, que llega con la claridad del día y el primer trago de café. Como a Caetana [la protanista de su novela *La dulce canción de Cayetana*], que ciertas veces terminaba diciendo: "Llegó la hora de hacer la maleta. De ponerse otra vez la máscara en la cara."

En su último volumen de ensayos, *Aprendiz de Homero*, hay una galería de personajes andariegos a quienes usted rinde homenaje, entre ellos Jesús. Me encanta

Y es que Jesús amó a las mujeres, porque gracias a María se familiarizó con nuestra naturaleza arcaica, presente en el mundo desde su fundación. Y se esforzó en verlas a través del filtro de la justicia y de la bondad. Las trató con una deferencia superior a la prevista por las leyes mosaicas, ásperas y severas. Y contrariando a aquel Dios que en el Antiguo Testamento se negaba a aceptar a las mujeres como interlocutoras, les dirige la palabra, escucha sus lamentos. Jesús acogió a las mujeres en su espíritu, se conmovió con las adúlteras, las pecadoras, las piadosas, las enfermas. Les curó el alma, les sanó el cuerpo, distribuyó sus gracias de una forma indiscriminada, enternecido con las mujeres que, con gestos amplios y generosos, le ofrecían fragancias, aceites y perfumes a lo largo de su peregrinación. Como María Magdalena, que postrada a sus pies le quiere confiar sus pecados y testificar su creencia en la causa de aquel viajero que ya había empezado a vivir su intenso misterio.

Hermoso pasaje. Sigamos con María Magdalena y con otros personajes, con la palabra, la familia, las diferencias entre los seres humanos, y, para cerrar con broche de oro, los viajes

El acto de María Magdalena, de trascendencia radical, expresa su turbulencia apasionada y la rendición futura de una humanidad seducida por las enseñanzas de Cristo. Ese acto intensifica, igualmente, los detalles de una escena que todavía hoy, dos mil años después, enriquece la iconografía cristiana, pródiga del repertorio del imaginario humano. En esa Judea rústica, Cristo exime de culpa a la mujer que había osado amar en exceso y María Magdalena vuelve a nacer, consumida en el fuego de un lenguaje perturbador, de secretos designios.

La palabra: en cualquier circunstancia me ayudo con ella, en vísperas de ser lenguaje. Nada soy sin ella. Porque creo que es meritorio copiar lo que mi

grey inscribió en las piedras de mi psique y escuchar, atenta, lo que resuena en la penumbra de la catedral de *Notre Dame*. En estas horas mortales, la doctrina del amor me sustenta y repudio las amonestaciones que me quieren desalojar del centro inventivo.

La familia: mis padres han sido algo absolutamente extraordinario. Tuve suerte con mis padres, que generosos y liberales, desde temprano me concedieron el privilegio de leer lo que oscilaba entre lo superfluo y lo esencial, de convivir con los asuntos que corroen y engrandecen la imaginación humana. Todo servía para vigorizarme. Sobre todo cuando mi madre, Carmen, de índole ordenada, mujer fina, obstinada, de gestos discretos, me enseñaba a escandir las palabras, a buscar su centro sagrado y profano y traerlas a la luz. Y además, a no desfallecer jamás. Ella pretendía, sencillamente, que perfeccionase el habla, cuando me veía incompleta en el uso del verbo. Lino, mi padre, me daba libros, revistas, y en diciembre, los almanaques. Sus manos, lindas y amables, siempre cargaban un libro, y a su lado, también yo, cumpliendo igual ritual, sujetaba el mío. Al final, todo lo que flota en la memoria y en el corazón proviene de la educación, del perfeccionamiento del carácter. ¿Acaso podría, sola, proseguir en este vasto universo cuyas huellas, al borrarse, nos hacen experimentar el pavor de no saber hacia dónde regresar, cuando todo a lo que se aspira es a la cama, los afectos, los olores que emanan de la cocina, y que amparan la vida? ¿Y cómo llegar a casa con las manos vacías, sin que la intriga perturbe y fortalezca a la familia? Porque, al fin y al cabo, ¿qué es una familia si no narra la propia historia? ¿Si no habla del devenir de los abuelos, del coste afectivo de mantenerse fiel a una hipotética línea moral que la humanidad persigue en nombre de algún dios. Si esta familia no menciona a sus ancestros con el mismo énfasis con el cual los hijos un día hablarán de sus padres? Para ello, poco importa que la memoria, en el futuro, confunda nombres, lugares y presente un relato impreciso.

Las diferencias entre los seres humanos están complicando cada vez más el mundo, como en Bolivia, con lo de indígenas y no indígenas

La verdadera separación de clases reside, de hecho, en quién tiene cultura y quién no la tiene. En quién dispone de información y quién no la puede utilizar como instrumental de vida.

Absolutamente de acuerdo, esa es la única diferencia, quien posee o no la información necesaria para vivir y dejar vivir a plenitud, tener delicadezas que hacen la vida más llevadera. ¿Sobre gobernantes y gobernados?

Un país sólo es viable si se intenta la educación de todos. Porque educar, por encima de las virtudes pedagógicas, es repartir entre los alumnos los conceptos que emanan de nuestra humanidad, preparar al individuo para la ciudadanía plena, para la dignidad del empleo, para llegar a ser buen gobernado y buen gobernante. Educar es creer que, fuera de la educación y del saber, todo se convierte en un caos anticreativo y turbulento. Educar es apostar por la civilización y contra el oscurantismo y la barbarie.

Y, para despedirnos, los viajes…

Tu sabes que soy una viajera incorregible, que ama el traslado como ama la literatura. Y los libros que escribí son tan andarines como yo. Caminan por sendas inusitadas, visitan casas, posadas, cruzan el mar. Y no sé si dejan huellas en algún corazón solidario. Agradezco, sin embargo, cuando soy leída. Me gusta imaginar que a cualquier hora del día y de la noche, bajo luz eléctrica o quinqué, bajo la copa de un árbol, en descampado, en alguna habitación exigua, estoy siendo leída. Y que ciertos lectores, a cada página, desafían mi insubordinación. Es como si sus naturalezas aventureras y viajeras intuyesen que los convoco a excavar en el alma ajena y en la propia, a recorrer la geografía del mundo, del Brasil y de sus vecinos, a visitar épocas pretéritas, a enlazar lo clásico con lo moderno, atraídos por la aturdidora visión del propio tiempo. Porque, al fin y al cabo, la lectura jamás es un acto inocente.

Nélida Piñon nació y vive en Rio de Janeiro. Se graduó de periodista en la Pontificia *Universidad Católica* de su ciudad y trabajó en la redacción de *O' Globo*, antes de lanzarse de lleno a la literatura. Su primera obra, *Guía Mapa de Gabriel Arcángel,* provocó un vendaval en Brasil, por la originalidad de su lenguaje, el talento y la juventud de la autora. Con el paso del tiempo, fue publicando libros de cuentos, ensayos y nueve de novelas, entre ellas *La república de los sueños*, *La dulce canción de Cayetana* y *Voces del desierto.* Defensora de los derechos humanos y de la mujer, ha recibido innumerables distinciones en todo el mundo. Nélida Piñon ha sido propuesta, por varias instituciones, al Premio Nobel de Literatura.

Gabriela Ovando d'Avis, periodista y escritora boliviana, se doctoró en Estudios Comparativos en la *Florida Atlantic University*. Dirigió el semanario *MU-*

JER del diario *Los Tiempos* y fue columnista de las páginas de Opiniones y Perspectiva de *El Nuevo Herald/The Miami Herald* entre 1994 y 2005. Es autora de *Atisbos* (1998), una colección de crónicas presentada por Elena Poniatowska; de *El retorno del héroe*, un estudio crítico sobre *Lituma en los Andes*, de Mario Vargas Llosa, de *Al rumor de las cigüeñas* (2004; 2da. edición 2008), novela que ha recibido elogiosos comentarios de la crítica en diferentes países, y de *A grandes males, grandes reformadores* (2008), ensayos sobre el proceso de cambio y las autonomías en Bolivia.

Bibliografía

CLARK, David Draper. Editor's Note. World Literature Today. Jan-Apr 2005, 7.

LEE VARGAS VILA, Ángela Martín y Gabriela Ovando. "Ser Ulises, jamás Penélope": Entrevista con Nélida Piñon. Revista ¡Oh! Diario Los Tiempos, 98, 2001, pp. 17-19.

OVANDO, Gabriela. "Los mundos de Nélida Piñon", en *Atisbos*. La Paz: Plural editores, 1998, pp. 111-14.

_____"Benditas plumas". Sara Beatriz Guardia, *Mujeres que escriben en América Latina*. Lima: CEMHAL, 2007, pp. 107-118.

_____ *Al rumor de las cigüeñas*. La Paz, 2da. edición: Plural editores, 2008.

_____ Comunicación personal con Nélida Piñon (entre 1995 y 2008).

PIÑON, Nélida. *La república de los sueños*. Madrid: Alfaguara, 1999.

_____*La dulce canción de Cayetana*. Madrid: Alfaguara, 1997.

_____*Tebas de mi corazón*. Madrid: Alfaguara, 1974.

_____ *Voces del desierto*. Buenos Aires: Alfaguara, 2006.

_____ *Aprendíz de Homero*. Madrid: Alfaguara, 2008.

_____"The Territory of My Imagination" World Literature Today. Jan-Apr 2005, pp. 10-11.

SNEED M. Paul. An Interview with Nélida Piñon. World Literature Today. Jan-Apr, 2005, pp. 18-19.

TEXEIRA, Vera Regina. "Nélida, the Dreamweaver". World Literature Today. Jan-Apr, 2005, pp. 22-26.